

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA AMPARO.

AMPARO

¿Qué dice? ¿Qué dice este poca lacha?

CARMONA

Nada, señora; nada. El siempre está de buen humor.

AMPARO

Lo que tiene es muchísimo descaro.

CARMONA

No se enfade usted.

AMPARO

No me enfado; pero no tiene educación.

(Doña Amparo se sienta en el diván al lado de Carmona. Alberto se va al fondo á revolver carteras.)

CARMONA

¡Déjele usted en paz! ¿Cómo es que no viene usted á casa con Isabel?

AMPARO

¡Ay pobre de mí! ¿No ve usted lo chiflada que está por su... artista? No es que yo haya visto nada malo. Mi niña está muy bien educada; pero me figuro que tienen relaciones...

CARMONA

Y eso ¿qué importa? ¿No es modelo?

AMPARO

¡Ay, sí, señor!

CARMONA

Ya sabe usted que yo... la di á conocer. Que fui el primero que le dió trabajo. Que la he protegido siempre. No sean ustedes desagradecidas.

AMPARO

¡Si por mi gusto no trabajaría más que con usted! En ninguna parte he pasado tan buenos ratos como en su estudio de usted; pero, ¡hijo mío!, se ha encaprichado con este muchacho... yo, yo qué le voy á hacer, siendo, como es, las niñas de mis ojos... ¡Usted no sabe lo que es ser madre!

CARMONA

Pero...

AMPARO

Ya iremos. Esta misma tarde iremos, ¡tunantón! ¡Ay, qué hombre tan pícaro es usted!

CARMONA

¡Sí!, vengan ustedes, que tengo un licorcito de ese... que ya sé yo que á usted le gusta.

ESCENA VIII

DICHOS, TRILLES y JUAN ROMEU.

TRILLES

¿Se puede?

ALBERTO

Adelante.

TRILLES

Qué, ¿no está aquí Manuel?

ALBERTO

Ha salido.

TRILLES

Es extraño.

ALBERTO

Es extraño; pero ha salido.

TRILLES

Venía á presentarle un amigo, Juan Romeu, el gran crítico de arte, que quiere ver sus obras.

CARMONA

¡Cuánto gusto en verle, señor Romeu!

ROMEU

¿Cómo vamos, maestro?

CARMONA

También he venido á lo mismo. A ver los cuadros de Manuel; pero el artista no está en casa.

AMPARO

Me extraña mucho, porque no sale nunca. Me he quedado dormida un momento, y cuando me he despertado ya no estaba aquí.

ALBERTO

¡Qué casualidad!

ROMEU

¿También es artista este joven?

ALBERTO

Según lo que usted entienda por artista.

TRILLES

Es Alberto.

ALBERTO

Justo. Soy Alberto.

ROMEU

Me parece que conozco su nombre.

ALBERTO

No; no le conozco usted, de seguro. Yo sí que le conozco á usted.

ROMEU

No me extraña. Tal vez hasta he hablado de sus cuadros.

ALBERTO

No, señor, nunca; porque no los expongo. Yo hago pintura *intimista*. Mis cuadros, á la luz, se constipan.

ROMEU

Es usted muy original.

ALBERTO

Regular.

ROMEU

Hombre: tendría interés especial en ver sus obras.

ALBERTO

Es difícil. Todo lo que hago son encargos.

ROMEU

¡Bravo! ¿Trabaja usted para un marchante?

ALBERTO

Para una marchanta.

ROMEU

¡Caramba!

ALBERTO

Trabajo para la posteridad.

TRILLES

¡Ja, ja! No andas mal de pretensiones.

ALBERTO

Ya ve usted si ando bien de ellas, que no vendo mis cuadros. Me los guardo.

TRILLES

Naturalmente.

ALBERTO

No tan naturalmente como parece. ¿Creen ustedes que no cuesta nada pintar y guardarse uno lo que ha pintado? ¿que no se necesita nada para no llevarlos al Rastro ó á un traperero? Pues se necesitan muchas cosas: tener paciencia, no comer, no enamorarse, pasar por imbécil, fingirlo, y tratar con muchos que siendo imbéciles de veras, no se dan cuenta de que lo son.

ROMEU

Muy bien dicho.

ALBERTO

Gracias.

ROMEU

¡Si pinta como habla!

ALBERTO

No; lo que pinto no le gustaría á usted. Se parece á lo que pintaba Manuel en los tiempos aquellos en que ustedes le reventaban.

TRILLES

(Riéndose.) Es terrible.

AMPARO

¡Qué malos modos!

ALBERTO

Cuidado, doña Amparo, que no le conviene á usted desvelarse.

TRILLES

Bueno, bueno. Miremos los cuadros de Manuel y no hablemos más. Alberto: ¿nos los quieres enseñar tú?

(Entra Rosa, que varias veces ya, durante esta escena y la anterior, ha hecho varias breves y silenciosas apariciones en la puerta.)

ALBERTO

Yo no enseño cuadros. Ahí tienen ustedes á su madre, que se los debe saber de memoria. No será la primera vez que se los enseñe. Y ahora les gustarán á ustedes más, porque no los pinta tan ex votos.

ESCENA IX

DICHOS y ROSA.

TRILLES

Tienes razón. Señora: enseñenos usted los últimos cuadros de su hijo.

ROSA

¿Yo? No, señor.

TRILLES

Pero, ¿qué ocurre en esta casa? ¿Qué quieren decir estos misterios?

ROSA

(Suavemente.) Quieren decir que, aunque soy una pobre mujer, he aprendido experiencia. En aquellos tiempos que ustedes saben, enseñaba los cuadros de mi hijo como si enseñase una imagen, y ahora... ahora he aprendido que para ver cuadros hay que tener devoción... y ustedes no la tienen.

CARMONA

¿Por qué dice usted eso, señora Rosa?

ROSA

Porque siempre que han entrado ustedes en casa le ha costado llorar á mi hijo.

CARMONA

¿Por culpa nuestra?

ROSA

Sí. Desde que ustedes le quieren bien, mi hijo no ha vuelto á ser lo que era.

TRILLES

Pero si todos admiramos á Manuel.

ROSA

Eso no lo sé; pero sé lo que era, y que ustedes me le han trastornado.

TRILLES

Pero si le ayudamos cuanto podemos.

ROSA

A caer.

CARMONA

Vamos, señora, no hable usted así, que no tiene razón. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que su Manuel pase penas? Ya le dije á usted, hace unos cuantos años, que no quisiese hijo pintor, porque sufriría mucho en el mundo.

ROSA

¡Sufriría! ¡Sufriría! Pero se le olvidó á usted decirme que no sería la pintura la que le había de causar más penas, sino los que se llaman bienhechores suyos. Los que le hacen pamemas y no le quisieron el cuadro...

CARMONA

¿Qué dice usted!

ROSA

Los que le han enseñado un camino que ya he sabido yo que no es el derecho. Los que no le dijeron la verdad cuando le convenía oír, y los que, conociendo á una mujer... más de lo debido, andan haciendo tratos con la madre.

AMPARO

¿Cómo se entiende?

CARMONA

Señora Rosa: si eso lo dice usted por mí, se equivoca. Yo siempre he trabajado en favor de Manuel. Le he dado los consejos que debía darle.

ROSA

De consejos no se vive, señor Carmona; y consejos que desaniman, como los que usted le ha predicado siempre, no sólo no dan de vivir, sino que llevan á mala vida.

CARMONA

Vamos, cálmese usted, que usted no sabe lo que es pintura.

ROSA

Pero sé lo que acaso usted no sepa, ¡querer!

CARMONA

¡Señora Rosa!

TRILLES

¡Señora!

ROSA

Sí, ¡querer! Querer he dicho. ¿Qué le importa á mi hijo y á mí y á todos los que no sabemos vivir,

pero sabemos querer, que lleve mejor ropa, si lleva luto en el corazón? ¿Da alegría la ropa, ni la casa, ni las visitas de señores que hablan bien por delante y le hacen traición por detrás?

CARMONA

Pero...

ROSA

No: en mi pueblo tienen alegría los que tienen fe, y ustedes se la han arrancado!

CARMONA

¿Yo?

ROSA

Todos.

AMPARO

¿Habla usted por mí, se puede saber?

ROSA

A usted ya le diré lo suyo cuando se vayan estos señores.

CARMONA

(Cogiendo el sombrero.) No tardaremos mucho.

TRILLES

Vamonos.

AMPARO

¡No hagan ustedes caso, que no tiene modos!

ROSA

Para las que somos como debemos ser, antes son los hijos que los modos.

TRILLES

Buenas tardes.

CARMONA

Que usted lo pase bien.

ROSA

Que ustedes sigan buenos.
(Salen *Trilles, Carmona y Romeu. Alberto entra al cuarto.*)

ESCENA X

ROSA, AMPARO y después ALBERTO.

AMPARO

Bueno, ya se han ido. ¿Qué tiene usted que decirme?

ROSA

Tengo... tengo que pedirle á usted un gran favor. Un favor, que si usted me lo hace, se lo agradeceré toda mi vida.

AMPARO

Usted dirá.

ROSA

Que usted y su hija se vayan de esta casa.

AMPARO

¿Cómo?

ROSA

Que se marchen ustedes y dejen á mi hijo. ¡Que le dejen vivir! ¡Que no le atormenten! Que si le quieren ustedes como dicen, le salven devolviéndole la salud que le quitan.

AMPARO

Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Habla usted en serio?

ROSA

Se lo pediré de rodillas, llorando. ¡Con todo el corazón, con toda mi vida! ¡Déjenmele ustedes, por su salvación; que mi hijo es lo único que tengo en el mundo! ¡Es la única luz que me queda!

AMPARO

Pero ¿se ha vuelto usted loca? ¿Qué le ha dado á usted para hablar como habla?

ROSA

Es que ustedes me lo van arrancando poco á poco. Me lo tienen aquí encerrado como en una cárcel, condenado á hacer cuadros. Ni un solo día le han dejado ir á su casa, donde hay tantos brazos que le esperan. ¡Me le matan ustedes! ¡Me le trastornan! ¡Me le pierden!

AMPARO

¡Señora Rosa!

ROSA

¡Perdóneme usted, que no quiero ofenderla! Sólo quiero que me devuelvan ustedes á mi Manuel. ¡Mi Manuel! Y si no me lo devuelven, al menos que me lo dejen solo. ¡Solo! ¡Que si yo me resigno á no verle, sabiendo que me costará la vida dejarle de ver, mejor pueden hacerlo ustedes, que sólo le quieren por capricho!

AMPARO

Vamos, mujer, no diga usted disparates. Cualquiera que la oyese á usted no sé qué se figuraría que somos. Sepa usted que mi hija es tan decente como la que más.

ROSA

Pues si tan buena es, que deje á Manuel, que no será el primero.

AMPARO

No me insulte usted, y piense que soy persona bien educada.

ROSA

Márchense ustedes y no la insultaré.

AMPARO

¿Qué nos hemos de marchar, señora? Ya puede usted írselo quitando de la cabeza. ¡Está usted chocha!

ROSA

Mire usted que le hablo con el corazón, pero que estoy dispuesta á hablarle á usted de otra manera. ¡Que me dejaré pisotear para que no toquen á mi hijo! ¡Que ya he sufrido bastante! ¡Que no puedo más! ¡Que si no se van ustedes por buenas, las echaré por malas! ¡Que soy una mujer de pueblo, y si no sé leer una carta, sé leer en las caras traidoras, por muy disfrazadas que vayan!

AMPARO

Calle usted, que no sabe lo que se dice. Si se han enamorado ellos, ¿qué he hecho yo para que se enamoren?

ROSA

Dormir.

AMPARO

¡Jesús! ¿Es que su hijo de usted está todavía en la infancia?

ROSA

Para mí, sí.

AMPARO

Pues mi hija ya pasó de niña, y es una mujer de bien.

ROSA

No.

AMPARO

Y mucho más decente, que siempre ha procurado por mí, que la prenda de su Manuel, que ha tenido usted que mantenerle.

ROSA

¡No y cien veces no! Si usted fuese vieja ó estuviese usted tullida, y ella la mantuviese á usted trabajando... lo que en el pueblo llamamos trabajando, ¡podría usted hablar como habla!; pero usted no está enferma más que de sueño... sueño de conveniencia, y en el pueblo... en mi pueblo, no nos fiamos de la gente que se duerme de día. A los que tienen esa enfermedad les llamamos gaudules.

¡Qué descaró!

AMPARO

ROSA

Allí, sin que nos lo enseñen, sabemos que tenemos que sacrificarnos. ¿Sabe usted por qué? Porque como al traerlos al mundo no les pedimos consentimiento, ya que les damos la vida, estamos obligadas á hacerlos vivir.

AMPARO

¿Es que no me he sacrificado yo también por mi hija? Sepa usted que por ayudarla he dejado á un ladito el orgullo; he visto... lo que he visto y no he dicho nada, y he sacrificado hasta la vergüenza para que ella esté satisfecha. ¿Se figura usted que es usted la única que sabe ser madre?

ROSA

¡Calle usted, que no merece usted ese nombre!

AMPARO

Bueno; tranquilicémonos las dos y pelillos á la mar. Pensemos en el bien de los muchachos, que todavía pueden ser felices.

ROSA

No puede ser: se perdonan las culpas, pero no se cambian los genios. Mi hijo, como ha visto el ejemplo, ha nacido para trabajar; y su Isabel de usted para... bueno, para lo que también ha visto el ejemplo.

AMPARO

¡Qué ejemplo!

ROSA

El que usted le da acompañándola á casas de hombres, no por temor á que se pierda, sino por miedo á que la dejen á usted. Así es que márchese ustedes y acabemos.

AMPARO

¡Insolente, ordinaria!

ROSA

Márchese usted. Llame usted á su Isabel, y andando.

AMPARO

Eso sí que no lo conseguirá usted.

ROSA

¡Que no, se atreve usted á decir!

AMPARO

¡Qué va usted á conseguirlo, mujer de Dios! Usted será el ama en su casa; pero aquí no estamos en la tahona.

ROSA

Es que la echaré á usted de esta casa.

AMPARO

Si á Manuel le parece.

ROSA

Es que no voy á esperar á que venga. (Cogiendo á Amparo del brazo.) ¡A la calle ahora mismo!

ALBERTO

(Saliendo y separándolas.) Vaya, basta. Espere usted á Manuel, que no puede tardar en venir.

ROSA

No, no...

AMPARO

¡Isabel, Isabel!

ESCENA XI

DICHOS é ISABEL.

ISABEL

(Sale en traje de calle.) ¿A qué vienen estos gritos?

AMPARO

(Sofocada.) ¡Ay, Señor mío!

ISABEL

¿Pero qué pasa?

AMPARO

Que esta mujer me insulta. Nos insulta. Y nos quiere echar de esta casa. Estoy desesperada.

ROSA

No hago más que cumplir con mi deber.

ISABEL

No sea usted cursi, señora Rosa, que aquí no estamos en el pueblo.

ROSA

Estoy en mi casa, en casa de mi hijo.

ISABEL

En la suya, conformes; pero él no es usted, gracias á Dios. ¡Pues no va poca diferencia!

AMPARO

¡Y tanta como va!

ROSA

Mi hijo hará lo que yo le diga.

ISABEL

¡Vamos; me da usted lástima!

ALBERTO

(A Isabel.) ¡Calla!

ISABEL

No se ha hecho para usted esta tierra. Parece usted un tiesto de ruda dentro de una estufa.

ROSA

(Medio llorando.) ¡Hijo mío!

ISABEL

Ya le guardaremos á usted su hijo: le metemos en algodón en rama.

ALBERTO

Te digo que te calles.

ISABEL

Sí, me voy á callar, porque tú me lo mandas... siguiendo tus consejos. Como se los dabas tan buenos á Manuel, y le lucía tanto la ropa cuando seguía el arte que predicas, puedes aconsejar, hijo mío.

ALBERTO

Si á mí no me ha lucido la ropa es porque no he alquilado mi cuerpo para lucirla.

ROSA

(Llorando.) ¡Malas mujeres, más que malas mujeres!

ESCENA XII.

DICHOS y MANUEL

MANUEL

¡Madre! ¡Isabel!

ROSA

¡Hijo, hijo mío! ¡Por Dios, por ti, por mí; echa de tu casa á estas mujeres!

MANUEL

¿Qué dice usted?

ROSA

¡Echalas, por tu salvación!

MANUEL

¿Y por qué?

ROSA

¡Te engaña! No te quiere. ¡Te quieren perder, y me tienen odio!

MANUEL

¿Con quién me engaña? ¿Con quién?

ROSA

Con tus amigos. Con todo el mundo.

MANUEL

Madre: ¡no diga usted lo que no sabe!

ROSA

(Llorando.) ¡Sí que lo sé!

MANUEL

¡No lo creo! ¡No lo creo!

ROSA

(Con energía.) ¡Está bien! Ya que no me haces caso, ya que he perdido el crédito ante ti, sólo me queda decirte que escojas. O ellas ó yo, saldremos de esta casa.

MANUEL

¡Ni usted ni ellas!

ROSA

¡Ellas ó yo, te vuelvo á decir!

MANUEL

Pero denme ustedes tiempo. ¡Déjenme pensar!

ISABEL

Pensaré yo por ti. No quiero nada con hombres que dudan. ¡Me voy, y me voy para siempre! Ya que haces tanto caso á esa mujer.

MANUEL

¿Sabes quién es esa mujer?

ISABEL

Pues quédate con ella. (A Amparo.) ¡Andando!

MANUEL

Pero... escucha... escucha un momento... Espera...

ISABEL

No sé cómo he esperado tanto ni cómo he oído tantas sandeces. ¡Quédate con ella! ¡Infeliz! Y vuelve á pintar cuadros... tristes con tu amigo de... miseria, con la señora necesidad y con tus ideales apolillados.

MANUEL

(Corriendo á la puerta.) ¡Isabel!
(*Alberto le coge y le mete dentro.*)

ISABEL

(Desde la puerta.) ¡Mendigos!
(*Sale con Doña Amparo.*)

ESCENA XIII

ROSA, MANUEL y ALBERTO.

MANUEL

¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted, madre? Y ¿en qué le han ofendido ellas para echarlas así?

ROSA

(Llorando.) ¡Hijo mío!

MANUEL

No tiene usted derecho á hablar mal de ellas. No le han hecho á usted nada. ¡No me han hecho nada!

ALBERTO

¡Que no te han hecho nada, te atreves á decir! ¡Pues sabe que tu madre aún se ha quedado corta!

MANUEL

(Indignado.) ¡Alberto!

ALBERTO

¡No, si á mí no me asustas! Si no te gusta oír lo que te digo, me vuelvo á mi guardilla, y en paz. ¿Aún quieres más prueba que la despedida que te hace?

MANUEL

La han insultado y se defendía. ¿Qué iba á hacer, sino defenderse?

ALBERTO

Pero, no seas infeliz. ¿Es que te figurabas que tenías una virtud en casa?

MANUEL

No me lo figuraba, no. Conozco lo que ha sido su vida; pero así y todo, la quiero. ¡Volverá, porque la quiero! ¡Me he acostumbrado á su reír! ¡á su mirada! ¡á ella! ¡á toda ella! ¡Ella es la que me da la salud, la vida! Y sin ella no podré vivir.

(*Rosa se va á la puerta y allí se queda en pie, llorando.*)

ALBERTO

¿Y tú te figuras que eres artista? ¿Tú hablas de ideales, y delante de un pedazo de carne no te acuerdas de ellos? Si á eso le llamas ser artista, me doy de baja en el gremio!